

CAPÍTULO N° 2.

3. El don de la vida: 2: 1 - 10.

Consideraciones generales sobre los versículos 1 al 6:

Se produce una brusca transición de lo que Dios obró en Cristo a lo que hace en el creyente mediante Cristo. La transición está señalada por el pronombre “vosotros”. En el capítulo 1, versículo 19 al 23, se dice que Dios resucitó, exaltó y glorificó a su Hijo y en el capítulo 2, versículos 1 al 6, agrega que lo mismo hizo con nosotros (“vosotros”). “La misma mano omnipotente que obró en el cuerpo muerto de Cristo y le levantó de la tumba de José de Arimatea y le llevó al lugar más alto del cielo, actúa ahora sobre tu alma. Te ha levantado de la tumba de la muerte y el pecado para compartir, por la fe, su vida celestial”.

Este pasaje presenta una visión sublime de nuestra conversión. Asocia el cambio producido en nosotros con el milagro extraordinario de la resurrección y exaltación de nuestro Redentor. Nuestra conversión es la continuación de ese milagro. La redención que tenemos en él es una herencia que recibimos, en un sentido, pasivamente, como hecha de una vez y para siempre; pero, además, es “potencia de Dios para salvación”, es decir, un poder que obra efectivamente en forma incesante, manteniéndonos en la fe y desafiándonos a confiar y que nos despierta espiritualmente. Es una fuerza sobrenatural que obra en nosotros, es el poder movido por el amor: el amor del Padre, que se inclinó sobre el cuerpo muerto y sepultado de Jesús y le levantó de entre los muertos se inclinó también sobre nosotros, que yacíamos muertos en la tumba de nuestros pecados y obrando con un poder no menor que aquél, nos levantó del polvo de la muerte y nos colocó en lugares celestiales (versículos 5 y 6). Este poder sin igual nos ha sacado de la muerte y nos ha hecho entrar en la vida. Este es el tema de los versículos 1 al 6.

Versículo 1.-

“Y de ella recibisteis vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos y pecados”

“De ella” se refiere a la cabeza de la iglesia mencionada al fin del capítulo 1, es decir, “de Cristo”, de quien recibimos la vida, idea que se desarrollará en el versículo 5.

Ahora el acento se pone sobre el hecho de que el único hombre verdaderamente viviente en cuerpo, alma y espíritu, el único que conocía verdaderamente a Dios, cuya vida consistía precisamente en ese conocimiento, vino a un mundo que por no conocer a Dios estaba muerto para Dios y a la vista de Dios. Incidentalmente, podemos comprender así todo el sufrimiento y la soledad que significó para Cristo vivir en una tierra donde reinaba la muerte y donde sólo él tenía vida y también la intensidad de su gozo con el pequeño rebaño que a su voz volvió a la vida.

La expresión “**muertos**” no es una mera figura literaria, no era un mero modo de decir que el hombre en su estado natural es “como” un muerto, que se “parece” a un muerto; no significa “que estaban en peligro de muerte, sino que significa una muerte actual y real” (Calvino). ¿Por qué?

Nosotros tenemos cuerpo, alma y espíritu. De ahí que pueda existir en nosotros una dualidad de actitudes, interese, etc. Podemos estar activos y muy vivos en una parte de nuestro ser y completamente muertos en otra.

Así como nuestros cuerpos viven, se desarrollan y actúan en correlación con la naturaleza material (luz, aire, alimento, vestuario, habitación, recreación, uso de los músculos y de los sentidos, etc.), así nuestros espíritus viven, se desarrollan y actúan en correlación con el mundo espiritual (oración; fe; amor a, y de, Dios; servicio; etc.)

“El alma que carece de verdadera fe,..., carece de la fuente y principio mismo de su ser. No ve la luz, no oye las voces, no respira el aire del mundo superior, donde se originó y al cual está destinado” (Findlay). Por eso el alma que no está en comunión con Dios está espiritualmente tan muerta como un cuerpo en una tumba.

Quien está en esta condición es como si hubiera bebido un veneno mortal que corre permanentemente por sus venas. La paga del pecado pesa sobre su espíritu no perdonado; va

por todas partes cargando con los juicios y la ira pesando sobre él y despierta con ellos; están presentes en cada una de sus actividades. Todas sus obras son obras muertas. Sus alegrías y esperanzas están marcadas por esa muerte. Puede estar corporal y mentalmente muy activo, haciendo uso de todas facultades de su cuerpo y de su mente, pero caminando indefectiblemente a la corrupción y fin de todo ello, por falta del aliento del Espíritu de Dios, el Espíritu de vida. En su frialdad e impotencia espiritual y muy a menudo también en su corrupción visible, su naturaleza muestra los síntomas de una muerte que avanza aceleradamente.

De los que mueren en Cristo se dice que están “muertos en la carne, pero vivos en espíritu”. Del hombre en estado natural puede decirse exacta y terriblemente lo contrario: “Está vivo en la carne, pero muerto en espíritu”. Convérsese con esta clase de personas de política, de negocios, de deportes, del trabajo o bien de filosofía, ciencia o de las noticias de actualidad, si es hombre. O de modas, ropa, cómo bajar de peso o evitar las arrugas de la cara, etc., si es mujer. Y responderá con entusiasmo y pasión, con mucho conocimiento y hasta sabiduría, demostrando una mente inteligente, sensible, alerta, viva. Pero llévase la conversación a asuntos de la vida interior, de la relación con Cristo y con Dios, a la vida espiritual y el entusiasmo se desvanecerá instantáneamente. Las hemos sacado de su muerte espiritual en que se desenvuelve su vida física y mental (“Mas el hombre animal no percibe las cosas que son del espíritu de Dios, porque le son locura y no las puede entender, porque se han de examinar espiritualmente” I Corintios 2: 14). Las cosas de Dios son para el ellas como hermosas pinturas para un ciego o música celestial para un sordo profundo.

Sin embargo, a pesar de esa muerte, no se puede extirpar la naturaleza religiosa, el ansia de eternidad, el deseo de Dios en lo más profundo del ser interior y cuando se produce una gran crisis, como una grave enfermedad o accidente, la proximidad de la muerte, etc., suelen aparecer aquellos anhelos que fueron férreamente reprimidos toda la vida.

Así se aparece el mundo de la vida a muchos que están muertos, tanto en el mundo, lejos de la iglesia, como a muchos que frecuentan las iglesias y que practican exteriormente una religión. ¿Puede haber ateos en una iglesia, como miembros de ella? Las estadísticas muestran que hasta entre los ministros hay quienes no creen en Dios. Es un ejemplo más de la muerte espiritual que reina en este mundo. Los que aún entonces no abren los ojos del corazón y continúan en “los deseos y pensamientos de la carne”, quienes son gobernados por sus propios impulsos e ideas y no sirven sino a los intereses del mundo de los sentidos, religiosos o no, están ya muertos, aunque todavía vivan.

“En vuestros delitos y pecados”.

“En” debe ser “a causa de”. Lo que causa la muerte espiritual efectiva y actual del hombre en su estado natural son sus “delitos y pecados”, que son casi sinónimos. Algunos piensan que “delito” se refiere al pecado activo o transgresión positiva de la ley divina (por ejemplo, inclinarse ante ídolos o tomar el nombre de Dios en vano), mientras que “pecados” se referiría, además, al estado de ser pecador, por lo cual la muerte espiritual sería el resultado tanto de los pecados particulares, que todos tenemos por nacimiento y desde el momento de nuestra concepción misma (“He aquí, en maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre” Salmo 51: 5). Ilustra este concepto el caso de un enfermo de leucemia que fallen por una bronconeumonía: la causa precisa del fallecimiento es la bronconeumonía, pero ella misma es efecto de la leucemia, por lo cual se puede decir que ambas son la causa de la muerte.

Por esa naturaleza pecadora elegimos invariablemente lo malo EN TODO CUANTO SE RELACIONA CON DIOS Y SU VOLUNTAD PARA NOSOTROS, voluntariamente, a pesar de cierto sentido de lo bueno y de lo malo. Podemos elegir y hacer otras cosas buenas, especialmente en relación con nosotros mismos o con el prójimo, pero no con Dios. Por eso, toda persona que nace, no nace en el reino de Dios, sino en el de la muerte, tanto por sus pecados personales (que un niño muy pequeño, por ejemplo, no puede cometer conscientemente), como por el pecado de su misma naturaleza. Esta es la razón por qué no se puede ser salvo y vivir espiritualmente sin nacer de nuevo, sin tener un segundo nacimiento, un nacimiento espiritual.

En la Biblia “vida” significa un estado de comunión con Dios y “muerte” uso de separación de él. Nuestros pecados nos separan de Dios (“Mas vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios y vuestros pecados han hecho ocultar su rostro de

vosotros, para no oír” Isaías 59: 2) y nos causan, por lo tanto, la muerte. “En esta condición de muerte nos faltan todas las formas más nobles de la vida” (Lacy).

Versículo 2.

“En que en otro tiempo anduvisteis conforme a la condición de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora obra en los hijos de desobediencia”.

“En que en otro tiempo anduvisteis”.

“En que” son delitos y pecados del versículo 1. Estos cristianos, y todos los cristianos, también hemos estado antes muertos en nuestros delitos y pecados. El pecado no ha sido algo casual o incidental en nuestras vidas, una especie de accidente o “mala suerte”, sino el estado normal en que vivíamos, eran nuestra práctica diaria común, por eso dice: “anduvisteis”, lo que se refiere a una práctica continuada, habitual. De modo que no somos hijos de Dios por haber sido “buenos”: éramos pecadores habituales, tan muertos (es decir: separados de Dios) como todos los demás seres humanos. Por esta razón, jamás debe apoderarse de nosotros ninguna soberbia, desprecio hacia los demás o sentimiento de superioridad espiritual propia.

“Conforme a la condición de este mundo”.

Las tres influencias fundamentales que se ejercen sobre, y aceptan, los inconversos son la del mundo, el demonio y la carne. A esto se referirá ahora el apóstol, empezando por el mundo.

Vivían dominados por el espíritu del mundo, es decir se conformaban con lo que hacía “todo el mundo”, viviendo de acuerdo con sus ideales y costumbres, sus modelos y objetivos irreligiosos, que producen ruina moral: intereses y objetivos terrenales y temporales, deseo desordenado de riquezas, poder, fama, notoriedad, aplauso).

“Conforme al príncipe de la potestad del aire”.

Este príncipe es indudablemente Satanás (“En los cuales el dios de este siglo cegó los entendimientos de los incrédulos, para que no les resplandezca la lumbre del evangelio...” II Corintios 4: 4; “... viene el príncipe de este mundo, mas no tiene nada en mí – Cristo” Juan 14: 30).

Antes de ser salvados los destinatarios de la carta (y todos los salvados) vivían de acuerdo con los principios del mundo y también de acuerdo con el diablo. El es el que le da su poder fascinador al mundo y a la carne. La rebelión contra Dios, la mentira, la malignidad que reinan en el corazón no regenerado son diabólicos e impulsan a actuar en completo acuerdo con la manera de ser del diablo.

La expresión **“príncipe de la potestad del aire”** proviene de la noción judía de que los ángeles rebeldes tienen su morada en la atmósfera de la tierra, por debajo del cielo, que es la morada de Dios y de los ángeles, pero por encima del mundo de los hombres. Como esta noción no es bíblica, es posible que Pablo esté expresándose figuradamente, relacionado el vocablo “aire”, como elemento físico, con la palabra “espíritu”, en sentido moral. Existe una estrecha relación de origen entre ambos términos (“Formó, pues, Jehová Dios al hombre del polvo de la tierra, y alentó en su nariz “soplo” de vida” y fue el hombre en “alma” viviente”. Génesis 2: 7). Hace probable este sentido el hecho de que se refiere inmediatamente al “espíritu que ahora obra en los hijos de desobediencia”. En tal caso el sentido sería: “el que domina la atmósfera, aire o espíritu del mundo”. De este modo, todos los que pertenecen al mundo serían inspirados por Satanás y de él recibirían las energías o poder para vivir la clase de vida que viven. Es como si respiraran un aire viciado por el diablo y el mal. Este es el dominio de Satanás.

“El espíritu que ahora obra en los hijos de desobediencia”

“Hijos de desobediencia” es un hebraísmo equivalente a “desobedientes”. El carácter distintivo de su relación con Dios es la desobediencia.

El espíritu que domina la vida de los incrédulos es el diablo. Por eso éstos expresan la obra del diablo en sus acciones y por eso el mundo está lleno de dolor, tensión, odio, envidia, etc. Lo que no permiten al espíritu de Dios obrar en ellos están condenados a ser esclavos involuntarios de Satanás.

“La potestad del aire es un modo adecuado de referirse al espíritu de los tiempos (humanismo, rebeldía contra toda autoridad, música Satánica – rock – artes del absurdo, de lo desquiciado, de la incoherencia, de la locura) cuya influencia contamina como un aire ponzoñoso toda la atmósfera del mundo. Se manifiesta como una especie de poder natural, con un “espíritu rector” que obra en él, espíritu que se posesiona del mundo de los hombres, tanto de los individuos como de la sociedad y asume su dirección (o gobierno)” (Beck).

“El aire está impregnado con la infección del pecado; sus gérmenes flotan constantemente alrededor nuestro y dondequiera encuentran lugar adecuado producen su fiebre mortal. El pecado es la enfermedad endémica de nuestra tierra; es una epidemia presente durante toda la historia humana” (Findlay).

Versículo 3.

“Entre los cuales todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos y éramos por naturaleza hijos de ira, también como los demás”.

“Entre los cuales todos nosotros también vivimos en otro tiempo”.

“Los cuales” son los “hijos de desobediencia” (los desobedientes e incrédulos) del versículo 2. Sin excepción todos los seres humanos nacidos de un padre y de una madre humanos (judíos y gentiles, cristianos y no cristianos) hemos vivido en algún tiempo en oposición pecaminosa contra Dios. Este es un golpe mortal contra el orgullo humano. No hay tal cosa como una bondad natural o inherente en el hombre. No es bueno por naturaleza, no nace bueno, sino malo.

Los que no pueden aceptar o convencerse de esto, porque se comparan con otros seres humanos o porque tienen una idea muy equivocada o inadecuada de lo que es el pecado, deberían considerar muy seria y cuidadosamente esta afirmación fuertemente destacada en la Biblia: “Y vio Jehová que la malicia de los hombres era mucha en la tierra y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Génesis 6: 5); “... el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud” (Génesis 8: 21); “... no hay hombre que no peque...” (II Crónicas 6: 36); “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino...” (Isaías 53: 6); “Si bien todos nosotros somos como suciedad y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia...” (Isaías 64: 6); “Por cuanto todos pecaron...” (Romanos 3: 23); etc.

Ahora Pablo pasará a referirse al otro poder malvado que junto con el mundo y el diablo dominan la vida de los incrédulos: la carne.

“En los deseos de la carne”.

Jesucristo “fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4: 15). Esto se debió a que el diablo no encontró nada dentro de Cristo que respondiera a sus insinuaciones malévolas (“... viene el príncipe de este mundo, mas no tiene nada en mí” Juan 14: 30). En cambio en nosotros encuentra muchísimo que responde a sus llamados y sugerencias (“Y yo sé que en mí (es a saber, en mi carne) no mora el bien, porque tengo el querer, mas efectuar el bien no lo alcanzo... Mas veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi espíritu y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros... ¡Miserable hombre de mí! ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?” Romanos

7: 18, 23, 24). Nadie está libre de esta terrible realidad: la “carne” es algo propio de cada ser humano.

“Deseos”.

Es anhelo por lo malo, por lo prohibido. “Carne” no se refiere únicamente el cuerpo, que no es sino instrumento inconsciente de lo que aquí se llama precisamente carne. Esta “carne” incluye las ideas malas y los deseos bajos de la naturaleza pecaminosa del hombre. Indica el contraste entre el espíritu no regenerado y el espíritu que obra conforme a la voluntad de Dios.

Carne no es meramente nuestra naturaleza sensual, sino toda nuestra naturaleza corrompida. Gálatas 5: 19-21 (“Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, disolución, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, banquetes y cosas semejantes a estas...”) es un ejemplo que permite comprender bien lo que es esta carne. Entre sus manifestaciones están una baja vida sensual, con uso indebido de los instintos (adulterio, disolución, borracheras, orgías), pero también las actitudes y hábitos malvados que brotan de una mente dominada por el pecado: envidia, odio, herejías, etc.

“Haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos”.

Los malos deseos de la carne no se originan sólo en lo más bajo de nuestra naturaleza (lo sensual), sino también en los “pensamientos”, por lo cual “la carne” incluye “las imaginaciones, recuerdos y hábitos mentales perversos”. La voluntad es la que permite que los deseos se transformen en actos y que se expresen exteriormente. Por la voluntad traemos a nuestra conciencia hábitos mentales perversos (imágenes o imaginaciones malas, malos pensamientos de odio, rencor, venganza, desquite vanidad, amor propio, autoalabanza, recuerdos viles, etc.) y los dejamos actuar, los regamos y cultivamos en nuestra mente o le damos realidad externa (nos solazamos con ellos o procuramos satisfacerlos cuando son deseos de obtener o hacer cosas externas malas). Por ejemplo: Por la voluntad traemos a la memoria resentimientos con algún hermano, los dejamos en nuestra mente en forma de rencor acumulado, pensamos en eso una y otra vez, nos imaginamos vengándonos o desquitándonos y nos solazamos en ello y llegamos a actuar externamente para convertir en realidad esos pensamientos.

En estos casos creemos estar haciendo nuestra propia voluntad, pero en realidad nos estamos dejando manejar por otra voluntad, la “de la carne y de los pensamientos” dominados por Satanás: él los sugiere, sacándolos de nuestro subconsciente, de modo que nos parecen conscientemente propios y en realidad lo son, pero es Satanás el que los lleva de nuestro subconsciente a nuestra conciencia.

“Y éramos por naturaleza hijos de ira, también como los demás”.

Esta declaración se aplica primeramente a los judíos: “éramos” se refiere a Pablo y sus hermanos judíos”; y luego, a todo ser humano sin distinción alguna: “también como los demás” Los judíos eran “hijos de ira”, a pesar de sus privilegios como el pueblo de Dios del Antiguo Testamento y de las brillantes promesas recibidas, porque, al igual que los demás seres humanos, habían en ellos algo muy profundo y esencial: su “naturaleza”, que era objeto del profundo desagrado de Dios (su ira). **“Naturaleza”** es el conjunto de características esenciales de algo que hace que sea lo que es. Por ejemplo: árbol es

- a) un vegetal
- b) de tronco duro y leñoso, que
- c) se ramifica a cierta distancia del suelo.

Estas tres características hacen que un objeto dado sea un árbol. Si falta aunque sea una sola, no es árbol. Estas tres características forman la naturaleza de ser árbol. “Naturaleza” indica también lo que es innato, en contraposición a lo adquirido (sea por experiencia, estudio, educación, etc.) Aquí significa que por nacimiento, por haber sido engendrado por padres pecadores, quienes no pueden engendrar hijos a la semejanza de

Dios, sino a su propia semejanza pecadora, tenemos ciertas características esenciales, que son los deseos y pensamientos de la carne, los cuales son objeto de la ira de Dios, aun antes de cometer pecados conscientes.

Es la raza entera la que está bajo condenación, porque es pecadora, sin poder dejar de serlo, lo que se manifiesta en la comisión de pecados por niños muy pequeños, aun antes de saber que son malos y cuando todavía no tienen conciencia de sus actos. Es como un árbol degenerado por falta de cultivo, que da fruta pequeña y amarga: no es por la fruta que el árbol es malo, sino por su constitución íntima; si ocasionalmente no diera fruta, no por eso dejaría de ser malo; pero si da fruta nunca dejará de darla mala. A esta naturaleza se refiere Pablo en Romanos 7: 14-23: "Porque sabemos que la ley es espiritual, mas yo soy carnal, vendido a sujeción del pecado, porque lo que hago, no lo entiendo, ni lo que quiero, hago; antes lo que aborrezco, aquello hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no obro aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí (es a saber, en mi carne) no mora el bien, porque tengo el querer, más efectuar el bien no lo alcanzo, porque no hago el bien que quiero, mas el mal que no quiero, este hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo obro yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; mas veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi espíritu y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable hombre de mí! ¿quién me librá del cuerpo de esta muerte? "Esa "otra ley" es la que es objeto de la ira de Dios. Nosotros podemos ver sólo el comportamiento exterior, pero "Dios mira el corazón". Para quien ama de veras al Señor, la conciencia de su penetrante mirada es a menudo humillante y produce amargura íntima, al comprobar cuán tenue es nuestra justicia (y verdaderamente inexistente) y cuán cierto es que en nuestra propia naturaleza es dolorosamente cierto que merecemos la ira de Dios. ¿Mudará el negro su pellejo y el leopardo sus manchas? Así también podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer el mal" (Jeremías 13: 23). Los que no aman a Dios no reflexionan sobre su propio pecado, no le dan mayor importancia, ni les preocupa cuánto disgusta a Dios.

"Hijos de ira" es un hebraísmo que designa a los que por condición inherente o especial son objeto de la ira de Dios.

Desde el punto de vista, lo que Dios aborrece es el pecado, pero ama al pecador, aunque, en la práctica, el pecado y el que lo comete son inseparables, de modo que la justa ira de Dios no se descarga sobre un concepto abstracto (el pecado), sino sobre un ser concreto, que es el ser humano que peca. Pero esta ira de Dios no es un sentimiento de venganza, ni menos una pasión malévolas, que usa su poder para causar dolor por causa de su desagrado. Al contrario, la ira de Dios es la otra cara de su amor: ha establecido leyes para la felicidad de su criatura humana; ha creado a los hombres para que tengan íntima comunión con él. La desobediencia a esas leyes tiene como consecuencia natural la infelicidad y el dolor, puesto que no hay felicidad verdadera, sino en la obediencia a las bondadosas leyes de Dios. Al respecto reflexiónese sobre el efecto claramente pernicioso de la mentira, de la deshonestidad, de la murmuración, de la fornicación, de los vicios, de los juegos de azar, etc. El castigo y el dolor que produce la desobediencia son expresión del amor de Dios, pues tiene por objeto actuar intensamente sobre la conciencia del pecador, para darle oportunidad de darse cuenta de la causa de su dolor, para que se arrepienta. "Si un hijo se porta voluntariosamente y testarudamente mal, si con algún acto de codicia o mala pasión pone en peligro su futuro moral y destruye la paz y el bienestar de su hogar ¿no causará pesar a su padre y un enojo proporcionado al amor que le tenga?" (Findlay) ¿Podría alguien considerar amor la indiferencia ante tales actos? Así, y con mucha más razón, la ira de Dios es la expresión de su justicia unida en perfecta armonía con su amor y llevaría al arrepentimiento y la salvación a todas sus criaturas humanas, si no fuera porque el hombre natural, aparte de la gracia de Dios, tiene oídos que oyen sin comprender y ojos que miran sin ver. Nadie ignora realmente que es pecador y muchos dan testimonio de las maravillas que hace Dios en los que se arrepienten y se vuelven a él con fe, pero NO QUIEREN creer y atribuyen sus dificultades que expresan la ira de Dios y destinadas a remover su conciencia, a "mala suerte", a que Dios no existe o que ¡no es bueno! o "justo" con ellos.

Versículo 4.

"Empero Dios, que es rico en misericordia".

Del sombrío cuadro de nuestra condición natural, pasamos ahora al cuadro luminoso de la bondad de Dios con nosotros, a pesar de esa condición.

“Misericordia” es compasión, sentimiento de lástima, hacia el miserable, hacia el destituido de todo, hacia el que no tiene ningún derecho.

Dios es **“rico en misericordia”**: tiene este sentimiento en forma en abundantísima, tiene una inmensa misericordia. La tenebrosa descripción de los versículos 1 al 13 muestra que nuestra condición era precisamente de extremada miseria, de destitución total, la de no tener derecho alguno.

“Empero”: a pesar de la terrible condición de muerte en que nos encontrábamos y debido a su inmensa misericordia inherente,

“Por su mucho amor con que nos amó”: Quiso amarnos, aunque no lo merecíamos.

“Amor”: es el sentimiento que busca y desea el mayor bien de la persona amada y la unión o comunión con ella. Esto es lo que Dios quiso para sus elegidos y en una forma excepcionalmente fuerte y poderosa (“su mucho amor con que nos amó”).

Versículo 5.

“Aun estando nosotros muertos en delitos y pecados, nos dio vida juntamente con Cristo; por gracia sois salvos”.

“Aun estando nosotros muertos en delitos y pecados”. Esta frase intercalada tiene por objeto subrayar que todo lo que tenemos de parte de Dios no lo merecemos, no lo hemos ganado, no es por virtud propia, no es premio que nos corresponda en derecho, porque lo tenemos a pesar de esta condición de muerte descrita con detalle antes, en los versículos 1 al 13. Todo bien es, entonces, fruto de la misericordia y del amor de Dios. Esta consideración sola debería erradicar drásticamente todo orgullo y hacernos verdaderamente humildes de corazón: nada valemos en nosotros mismos; todo bien que tengamos debe ser atribuido en su totalidad y sólo a Dios.

“Nos dio vida juntamente con Cristo”. Por su misericordia, cuya grandeza nos es imposible apreciar debidamente, se compadeció de estos muertos espirituales sin derecho a nada, que éramos nosotros. Esa misericordia le hizo amarnos inmensamente, es decir desear y querer nuestro máximo bien y este sentimiento no se quedó en simple buen deseo, sino que actuó dándonos la vida que no teníamos.

Hay que hacer notar que el amor de Dios es un amor justo, es decir, que nos da el bien, pero no a costa de su justicia; nos da vida no por simple benevolencia, sin tomar en cuenta nuestro pecado, rebelión y transgresión de su ley. Por eso la vida la recibimos juntamente con (o en) Cristo. Fue necesario que nuestros pecados fueran debidamente castigados, para que nosotros pudiéramos vivir. De ahí que el amor de Dios por nosotros se manifestara ante todo en la muerte de Cristo, quien voluntariamente se hizo cargo de nuestras transgresiones y recibió completamente el castigo que nosotros merecíamos. Así, con justicia, Dios pudo darnos el bien que por su amor quería concedernos, el fundamento de todo el cual es la vida.

La expresión es, literalmente: “nos hizo vivir con Cristo”, que indica que la misma potencia que resucitó a Cristo es la que nos hace vivir a nosotros y que nuestra nueva vida dada por Dios es la misma vida de Cristo resucitado. De este modo la muerte, que es condenación o muerte por sentencia judicial: “la paga del pecado es muerte”, corrupción y miseria, ha sido cambiada en vida, que es perdón o justificación, regeneración y buenaventuranza.

Por gracias sois salvos”. Es un paréntesis que anticipa el versículo 8. Es tan extraordinaria y maravillosa la visión de la resurrección en Cristo de los creyentes, como veremos, que no puede retener esta exclamación de alabanza: hemos recibido el don

preciosísimo de la vida perdurable y verdadera, cuando no teníamos derecho alguno a ella y nada en nosotros podía hacer esperar: ¡es por el favor inmerecido de Dios que tenemos tal vida o salvación!

Versículo 6.

“Y juntamente nos resucitó y asimismo nos hizo sentar en los cielos con Cristo Jesús”.

“Y juntamente nos resucitó”. Cualquiera puede imaginar la felicidad sin límites que habrá experimentado aquella viuda de Naín cuando Jesús detuvo el cortejo que conducía el cadáver de su único hijo al cementerio y tomándole le entregó vivo a su madre. Cualquiera puede comprender la maravilla de ver afluir de nuevo la sangre las mejillas intensamente pálidas de la hija de Jairo y verla abrir los ojos para mirar el rostro tan compasivo de Jesús o de ver salir a Lázaro de su tumba a la poderosa voz del Señor, todavía con las vendas con que se envolvían los cadáveres. Más maravilloso aún habría sido poder estar ante la tumba de Jesús aquel domingo cuando la tierra tembló violentamente, la pesada piedra que cerraba la sepultura fue removida y Jesús, radiante y glorioso emergió de ella, victorioso sobre la muerte. Pues bien, el paso de muerte a vida de uno que estaba “muerto en sus delitos y pecados” no es menos divino, ni menos maravilloso que esas resurrecciones y, especialmente, que la resurrección del Señor. El despertar de un alma muerta, por el amor de Dios que es derramado en un corazón vacío y frío y el aliento de vida del Espíritu de Dios en el espíritu muerto de un pecador es tan resurrección como la de Cristo al salir de la tumba.

Esta vida resucitada es una realidad, no una figura de lenguaje, no un modo de referirse a cierto cambio psicológico natural, producido por alguna capacidad que el hombre tenga en sí mismo para cambiar y como tal se manifieste en un cambio completo de actitud ante la vida presente y la eternidad, de sentimientos y voluntad y, en general, de relación con Dios. No ahora conocemos a Dios, le damos, nos deleitamos en hacer su voluntad, queremos honrarle y gozar de él, le contamos como amigo y acudimos a él en toda circunstancia de la vida, buena o mala, reaccionamos de una manera especial tanto conciente como subconscientemente, a causa de una vida más poderosa que nosotros, que ha sido implantada en nosotros, incluso sin que nos demos cuenta de ello, a veces.

Para esta vida resucitada es lo más cuenta y normal buscar “las cosas de arriba” y poner “la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Colosenses 3: 1-2). Todo esto es una prueba tan grande de resurrección como la tumba vacía de Jesucristo.

Es indudable que esta vida nueva es imperfecta aún: es como Lázaro resucitado, pero todavía “atadas las manos y los pies con vendas” (Juan 11: 44). Hasta ahora hay mucho en nosotros que pertenece al reino de muerte del que hemos salido mucho de lo que era nuestra vida cuando yacíamos indefensos bajo el poder del pecado. Pero donde hay vida, ésta no dejará de desarrollarse, hasta que llegue a ser exactamente como la de Cristo, cuando él venga: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en la misma semejanza, como por el Espíritu del Señor” (II Corintios 3: 18); “Muy amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser, pero sabemos que cuando él apareciese, seremos semejantes a él, porque le veremos como él es” (I Juan 3:2). Tampoco nuestros cuerpos disfrutaban de una vida ideal, incorruptible, pero un día serán transformados en un momento, en un abrir de ojo, a la final trompeta, porque será tocada la trompeta y los muertos serán levantados sin corrupción y nosotros seremos transformados. Porque es menester que esto corruptible sea vestido de incorrupción y esto mortal, sea vestido de inmortalidad. Y cuando esto corruptible fuere vestido de incorrupción y esto mortal fuere vestido de inmortalidad, entonces se efectuará la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte con victoria” (I Corintios 15: 51-54).

“Y asimismo nos hizo sentar en los cielos con Cristo Jesús”. Esta tampoco es una mera manera figurada de expresarse. Estamos ya en el cielo en varios sentidos:

- a) Ante todo, somos verdaderamente parte de Cristo, miembros de su cuerpo, de modo que si él está realmente sentado en un trono a la diestra de Dios, nosotros estamos allí también.

b) En segundo lugar, estamos allí en la persona de Cristo, como nuestro representante, así como nos incluimos, al hablar, en los éxitos o fracasos de un conciudadano a quien espontáneamente sentimos como nuestro representante, o de un grupo de ellos. Cuando un equipo de fútbol u otros deportistas o artistas, por ejemplo, obtiene un éxito y decimos: “Chile triunfó” o “ganamos” o “perdimos”;

c) En tercer lugar, porque aunque personalmente estamos en la tierra todavía, existe certeza absoluta de que estaremos en el cielo, porque Dios que lo prometió, es fiel y tiene todo poder para cumplir lo que prometió: “Y yo les doy vida eterna y no perecerán para siempre, ni nadie la arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las dio, mayor que todos es y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre” (Juan 10: 28-29). Por esta seguridad podemos dar por hecho que ya estamos en posesión de lo prometido;

d) Cuarto, ya se ha iniciado en nosotros la vida de íntima comunión con Dios que es la esencia misma de la vida en el cielo: no tenemos que esperarla para el futuro;

e) Quinto, ya somos ciudadanos del cielo, súbditos del reino de Dios; nuestra vida no pertenece a la tierra (ya somos parte de los que están “muertos en delitos y pecados”, ni pertenecemos a la región del aire, que está bajo el dominio de los poderes del mal); no estamos bajo las leyes que se aplican a los que no son de Cristo; estamos libres del poder de la ley de Dios para condenar; estamos reconciliados con Dios; el Espíritu de Dios mora en nosotros.

Por todo eso, la esfera de nuestra vida ya no es el mundo, sino verdaderamente el cielo. Mientras más conciencia de esto tengamos, más victoria tendremos, sea sobre nuestras fallas y debilidades en general, sea sobre las circunstancias adversas de la vida, sea sobre los acontecimientos que afectan a esta tierra, a sus habitantes y a la Iglesia.

Las expresiones: “nos dio vida”, “nos resucitó”, “nos hizo sentar” incluyen todo lo relativo a nuestra salvación. “Los que están unidos en Cristo han sido librados de su presente estado de muerte, por gracia, tanto en el sentido de que la resurrección y exaltación de Cristo redundan en su beneficio debido que han sido imputados divinamente a ellos, como en el de que, a causa de la energía vivificante de Dios, han pasado de su condición de muerte a un nuevo y efectivo estado de vida. El acto de la gracia es un acto del poder y de la potencia divina, no una mera declaración judicial” (Beck). Esta acción de la gracia de Dios es primaria y básicamente una imputación a nosotros de los méritos de Cristo, o sea una declaración judicial de Dios de que estamos libres de condenación y nuestros pecados perdonados por la obra salvadora de Cristo. Pero esa imputación ejerce una acción efectiva en nosotros mediante nuestra unión continua y cada vez más íntima en Cristo. “Toda la historia del Hijo del hombre se reproduce en el creyente en él, no por una simple analogía moral, sino por una comunicación espiritual...” (A. Monod).

Nótese el uso del pretérito en estas expresiones: “nos dio vida”, nos resucitó”, “nos hizo sentar”, como algo ya cumplido. ¿Por qué? Porque cuando Dios nos eligió para ser sus hijos en la eternidad nos dio a Cristo, para que fuéramos su cuerpo, parte de él mismo. Esta unión ideal vino a ser efectiva en cada creyente cuando se arrepintió y creyó, pero como la voluntad de Dios manifestada en nuestra elección debía cumplirse necesariamente, desde ese punto de vista ideal estábamos en Cristo cuando murió, fue sepultado, resucitó y ascendió a los cielos, por lo cual se puede decir que cuando él murió, fue sepultado, resucitó y ascendió a los cielos nosotros también morimos, fuimos sepultados, resucitados y ascendimos al cielo juntamente con él. Lo que en ese momento era un hecho ideal se convertiría (o más bien se convertirá) en un hecho real en nosotros con absoluta certeza. El hecho de que cada uno de nosotros estaba en potencia en sus antepasados y de que algunos de sus actos y características se hayan reproducido después en nosotros - carácter, tendencias e inclinaciones, gestos, modo de ser - ilustra en cierta manera este hecho.

Esto es fuertemente acentuado por la expresión: “juntamente con Cristo”, que se repite en relación con el haber recibido la vida, resucitado y el estar sentados en los cielos: todo cuanto tenemos y somos, en el pasado, presente y futuro, se debe a nuestra unión vital con Cristo. El hecho de que todos nuestros privilegios y bendiciones con “en Cristo” se refiere tanto al pasado (a la elección y a la obra salvadora de Cristo, objetivamente realizada), como el presente (a la aplicación efectiva a nosotros, por el Espíritu Santo, de nuestra elección y de la obra salvadora de Cristo, es decir, a una obra subjetiva) y al futuro (nuestra glorificación).

¡Cuán maravillosos es que estemos en Cristo! ¡Cuánta seguridad debe darnos! El pasado es algo ya cumplido, pero ideal; el presente está realizándose de lo imperfecto a lo menos imperfecto; el futuro está por llegar a ser una realidad perfecta, pero es una realidad ya iniciada en nosotros y en ningún caso algo que “está por verse, sino algo totalmente seguro, cierto. En la actualidad, aunque ocupemos el lugar más humilde, lo ocupamos con Cristo.

Otra expresión notable aquí es “nos”: estamos unidos con Cristo en su vida celestial, pero también unidos unos con otros, unidos con los demás creyentes, para participar juntos de esa vida celestial. No es cada uno de nosotros, aisladamente, el que se sienta en lugares celestiales, sino todos juntos. ¡Este pensamiento debería reforzar nuestra unidad y amor fraternal: somos compañeros de ruta, en una vida y un destino gloriosos!

Versículo 7.

“Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad, para con nosotros en Cristo Jesús”.

“Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia”. El principal objetivo de Dios al darnos el don de la vida y las demás bendiciones mencionadas (resurrección, el sentarnos en lugares celestiales) es su propia gloria, que incluye nuestro bien, aunque sólo como objetivo secundario. Esto muestra una vez más cuán diametralmente opuesto a Dios y su Palabra es el humanismo prevaleciente.

Se destaca la inmensidad de la gracia, del favor inmerecido de Dios para con los elegidos, con la expresión: “abundante riquezas de su gracia”, donde Pablo acumula términos, como en tantos otros pasajes, para subrayar y tratar de expresar lo que es tan grande que excede a todo lo que podamos pensar, conocer o imaginar, por lo cual, en realidad, es inexpresable: la gracia de Dios es sublime, inefable, tan grande que no hay palabras humanas que puedan expresar su grandeza. En el futuro, todas las criaturas inteligentes de Dios (las angélicas, buenas o malas; todos los seres humanos, salvados y perdidos) podrán considerar con mayor conocimiento y visión esa inmensidad de la gracia de Dios: los hijos de Dios con gratitud proporcionada a la grandeza de la gracia y con asombro; los ángeles buenos con admiración sin límites; todos los asombros; los ángeles buenos con admiración sin límites; todas las criaturas malas, probablemente, con desesperación terrible, abrumadora, al verificar que menospreciaron aquella gracia que podía librarles de su espantoso destino, si sólo hubieran querido abrazarse a ella. En el futuro se podrá apreciar bien lo que aun ahora podemos comprender, si tenemos ojos para ver y cerebro para pensar: cuán espantoso universal en su tiranía, malvado y dañino es el pecado, por lo cual se justifica plenamente el cuadro tenebroso que se presenta en los versículos 1al 13 de este capítulo y en muchos otros pasajes de las Escrituras.

Pero precisamente esto hará resaltar más cuán grande es la gracia de Dio, que pudo vencer y cambiar el estado de cosas producido por el pecado: “La ley empero entró para que el pecado creciese, mas cuando el pecado creció, sobrepujó la gracia; para que, de la manera que el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna por Jesucristo, Señor nuestro” (Romanos 5: 20-21). Esto es lo que maravillará a toda criatura inteligente en las edades futuras.

“En su bondad para con nosotros en Cristo Jesús”. Esta frase destaca una vez más que no es nada que tengamos, aunque lo hayamos obtenido por obra de Dios en nosotros y menos todavía si son méritos o virtudes “naturales”, ni nada que seamos (personalidad, religiosidad, espiritualidad) o que Dios hubiera conocido anticipadamente lo que habría en nosotros lo que nos ha valido la vida, sino solamente la bondad de Dios. Esa bondad en su condescendencia paternal que ha depuesto su justa ira y ha hecho a un lado la severidad con que su justicia reaccionaba contra nosotros por nuestros pecados y quebrantamiento de su ley. Pero no ha consistido simplemente en olvidarse de su justicia, pues esta bondad es “en Cristo Jesús”, es decir, se debe a nuestra unión con Cristo, a la que tanto nos hemos referido. Por su bondad, Dios quiso hacernos objeto de su favor inmerecido, de aquella tan inmensa gracia suya.

Versículo 8.

“Porque por gracia sois salvos, por la fe, y esto no es de vosotros, pues es don de Dios”.

“Porque por gracias sois salvos, por la fe”. Los versículos 8 y 9 son: una expresión concisa, clarísima y enérgica de todo el pensamiento de Pablo en sus cartas a los Romanos y a los Gálatas.

Expresan la oposición entre “don” y “deuda”, entre salvación gratuita, por fe, y salvación ganada por las obras de la ley.

“Obras de la ley” es todo lo que el hombre hace y puede hacer en conformidad con la ley, por su libre voluntad y por sus propias fuerzas”. ¿Cómo podrá agradar a Dios lo que proviene de un corazón desganado y mal dispuesto?” o “...es propio de leyes humanas que se cumplen con obras, aunque el corazón no sea partícipe. Dios juzga lo íntimo del corazón. Por eso su ley exige a lo más íntimo del corazón y no se satisface con obras... Cuando no existe el libre placer de hacer el bien, tampoco existe esa íntima armonía del corazón con la ley de Dios; entonces ciertamente también hay pecado e ira merecida de Dios, aunque exteriormente aparezcan muchas obras buenas y una vida honrada” (Introducción a la epístola a los Romanos. Lutero).

El pensamiento de que la salvación hay que ganarla, merecerla o comprarla es tan natural al orgulloso corazón humano que el Señor tiene que insistir repetida y fuertemente sobre el hecho de que sólo como don gratuito podemos recibir la salvación. Todos los que hemos hecho evangelización personal o predicamos el evangelio hemos experimentado lo difícil que es que los inconversos entiendan o acepten que la salvación es exclusivamente por gracia, mediante la fe. El espíritu humano natural se resiste a aceptar tal cosa, porque una salvación exclusivamente dada humilla y el hombre no quiere humillarse.

Los versículos 1 al 6 enseñan cuán hondo era el abismo de perdición en que nos encontrábamos y a qué altura hemos sido elevados.

El versículo 8, al repetir el paréntesis del versículo 5, destaca con tremenda fuerza que todo eso no es el resultado de ninguna clase de esfuerzo o mérito humano, ni en la menor medida, sino que exclusiva y absolutamente la obra de Dios, ejecutada como favor inmerecido (es decir, por gracia) en beneficio de los elegidos. Esta gracia se ha hecho efectiva en la vida, obra, muerte, resurrección y ascensión y en la segunda venida de Cristo, de modo que la salvación, además de no ser el resultado de ninguna acción de la Iglesia, ni aun de la Biblia, sino únicamente de Cristo: de él, y sólo de él, depende nuestra salvación.

Si Cristo no hubiera hecho lo que hizo por nosotros no habría salvación posible de ninguna manera. Que la salvación es por gracia enfatiza también el hecho de que Dios no tenía ninguna clase de obligación moral, ni legal, de salvarnos.

El versículo señala además que la obra de Cristo es completa y suficiente para salvarnos: nada hay que añadirle. Por eso no dice: “fuisteis salvados”, tampoco: “seréis salvados”, ni aun “estáis siendo salvados”, sino: “SOIS salvos” o “habéis sido salvados”, lo que señala a un hecho perfectamente cumplido, que no depende, por lo tanto, de nuestra experiencia o de algo que ocurra dentro de nosotros, lo que no podría darnos nunca tal seguridad, sino de una obra hecha fuera, aparte de nosotros mismos, objetivamente, vale decir, la obra completa de Cristo en nuestro favor.

Como es así, se necesita algún medio para aplicar al hombre esa obra cumplida tan completamente fuera de él y ese medio o instrumento es la fe, y sólo la fe. Ninguna experiencia espectacular o falsamente “espiritual”, como sueños, visiones, revelaciones, lenguas, danzas, ni ningún rito mágico o misterioso de iniciación o algún “sacramento”, sino la sencilla fe: la aceptación confiada, personal, de que la obra de Cristo fue hecha efectivamente en nuestro favor y es suficiente para salvarnos perfectamente, fe que está al alcance de todo ser humano normal.

De modo que la fe no salva, sino que es el medio por el cual nos apropiamos de los méritos de Cristo, de su obra hecha en nuestro favor. Es como la mano del mendigo que se estira para recibir la limosna, como la cañería que trae el agua y sacia nuestra sed, como el canal que conduce el agua que hace producir la tierra reseca y sedienta (es el agua, no el canal, lo que produce ese efecto).

“Y esto no es de vosotros, pues es don de Dios”. ¿Pero no es, después de todo, la fe una especie de mérito o capacidad personal especial, que nos hace acreedores a la

salvación? Ni aun eso. Y para que no quede lugar a dudas, el apóstol, inspirado por el Espíritu Santo, agrega esta cláusula.

Ha habido mucha discusión acerca de a qué se refiere el término “esto”. Desde Calvino casi todos los comentaristas dicen que se refiere a la salvación. Los comentaristas antiguos sostenían que se refería a la fe. Hodge da las siguientes razones para afirmar este último sentido:

1) Está más de acuerdo con el contexto, que destaca la naturaleza gratuita de la salvación, lo que se acentúa si la idea es: No sólo sois salvos por la fe, en oposición a las obras, sino que vuestra fe misma no es un mérito personal, sino un don de Dios;

2) Si “esto” se refiriera a la salvación, sería una repetición inútil, como si dijera: “Por gracia sois salvos... y esta salvación es por gracia”.

3) El segundo sentido mantiene fuertemente la antítesis paulina entre fe y obras. Esta interpretación considera que “esto no de vosotros, pues es don de Dios” es una cláusula entre paréntesis, que se refiere a la idea subordinada “por la fe” y no a la idea principal “sois salvos”, con lo cual se muestra inequívocamente que la salvación es absolutamente por gracia, ya que hasta la fe, mediante la cual esa gracia se aplica a cada creyente, es también dada por Dios.

Parece indudable que esta interpretación es la correcta.

No hay que olvidar que este medio que es la fe no nos llega espectacular y repentinamente, como un rayo del cielo, sino que también le ha placido a Dios producirla por otro medio: Su Palabra hecha eficaz en el corazón del elegido por obra del Espíritu Santo: “Luego la fe es por el oír por la Palabra de Dios” (Romanos 10: 17); “Mas el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y entiende la palabra y el que lleva fruto...” (Mateo 13: 23); “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, al cual el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará las cosas que os he dicho” (Juan 14: 26).

El hecho de que la fe es un don de Dios no libra de responsabilidad a los incrédulos, porque así como los creyentes no dejan de tener dudas ocasionalmente (dudas que deben desvanecerse completamente, a medida que maduran espiritualmente), así también no hay incrédulo que no se dé cuenta, aunque sea también ocasionalmente, del poder salvador y transformador del evangelio, de modo que al rechazarlo, no lo hace sólo porque Dios no le ha dado el don de la fe, sino porque NO QUIERE CREER. Además, TAMPOCO QUIERE recurrir sinceramente al medio que produce la fe: el oír la Palabra de Dios.

Versículo 9.

“No por obras, para que nadie se glorie”.

Los humanos somos una raza orgullosa por naturaleza, desde la caída. El orgullo suele ser nuestro peor pecado y el más devastador y perjudicial tanto en nuestra relación con Dios, como con nuestro prójimo. Por eso, si se deja aunque sea el menor y más sutil lugar derechos delante del Dios santísimo, en forma audaz, impía, inconsciente e ignorante. Como el hijo pródigo, reclamaremos a Dios “la parte de la herencia que NOS PERTENECE”. De ahí que Dios no deje lugar a ninguna contribución nuestra, de ninguna clase.

“No por obras” y esto, **“para que nadie se glorie”**. **“Obras”** es un concepto amplísimo, que incluye toda acción, pensamiento, propósito o cualidad que pueda presentarse ante Dios para demandarle alguna clase de derechos o que creamos constituye un mérito personal a nuestro favor.

“Tenemos que contentarnos con recibir misericordia, amor, gracia, bondad, todo, “sin merecer absolutamente nada, NADA. Esto humilla hasta el polvo el orgullo satánico, causa de la mayoría de nuestros males morales y que Dios debe destruir en nosotros, para que podamos ser sus hijos.

Estos versículos 8 y 9 son el fundamento de nuestra seguridad, afirmada por el Señor Jesucristo: “El que cree en el Hijo TIENE vida eterna” (Juan 3: 36) y por el apóstol Juan: “Y este es el testimonio: Que Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo. El que

tiene el Hijo, TIENE la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida. Estas cosas he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que SEPÁIS que TENEÉIS vida eterna y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios” (I Juan 5: 11-13).

Necesitamos muchísimo esta seguridad actualmente, cuando tantos de nuestros hermanos afrontan una feroz persecución y tortura permanente por su fe, cuando el pecado desatado nos oprime por todas partes, cuando vacila la fe hasta de los más fuertes y los más combativos vuelven atrás, cuando el escepticismo y la incredulidad ahogan las promesas del evangelio y cuando millares de los mismos que llevan impropriamente el nombre de cristianos, proclaman pasado de moda este evangelio, anticuado e inútil para la mente “científica” moderna. En estas condiciones debemos retemplar nuestra fe y energía y levantarnos radiante y vencedores a la proclama: “Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe” (I Juan 5: 4).

Esta seguridad no es un mero fenómeno psicológico, un autoconvencimiento o sugestión, sino el resultado de que Jesucristo murió, resucitó, está sentado en los cielos e intercede por nosotros. Es por esto que Pablo dice: “¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió, más aún, el que también resucitó, quien además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Tribulación o angustia o persecución o hambre o desnudez o peligro o cuchillo? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo, somos estimados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas hacemos más que vencer por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna criatura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 8: 33-39).

Sin embargo, esta seguridad no significa que debemos deleitarnos PASIVAMENTE en la gracia, sino vivir ACTIVAMENTE la vida cristiana, conforme a la exhortación del mismo Pablo en Colosense 3: 1-2: “Si habéis pues resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra”. Todos somos instrumentos en las manos de Dios. Los cristianos pasivos son como un serrucho sin traba o como un cuchillo sin filo.

Versículo 10.

“Porque somos hechura suya, criados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó para que anduviésemos en ellas”.

“Porque somos hechura suya, criados en Cristo Jesús para buenas obras”. En los versículos 8 y 9 se enseña terminantemente que toda la salvación es obra de Dios y que a dicha obra nada podemos aportar, ni siquiera nuestra sinceridad, cooperación o buena voluntad. La salvación entera es obra de Dios y ni en la menor medida obra del hombre.

Sin embargo, entre los grandes objetivos que tuvo Dios para salvarnos estuvo prominentemente el que pudiéramos hacer buenas obras. Es evidente que tiene que haber algo en nuestra conducta que exprese la gran misericordia de que hemos sido objeto, algo visible y proporcionado al gran plan de salvación con que Dios nos ha bendecido. Por eso la gracia nos plantea grandes tareas. Las obras de fe de los redimidos son en gran parte esa expresión visible.

Pero como el hombre siempre da vuelta al revés la verdad divina, coloca las buenas obras al comienzo, como fundamento de la salvación y esto porque así el mérito de su salvación resulta suyo y no de exclusivamente de Dios. La enseñanza bíblica no desecha las buenas obras, sino coloca las cosas en su lugar: la salvación es la fuente, raíz o causa de las buenas obras, que son su fruto; nunca al revés. Tampoco las buenas obras van juntas con la fe. El orden es único: fe, primero; obras, después, como su fruto necesario.

Para que un árbol pueda producir fruto bueno tiene que ser bueno él mismo primero: Por sus frutos los conoceréis. ¿Cógense uvas de los espinos o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol lleva buenos frutos, mas el árbol maleado lleva malos frutos. No puede el buen árbol llevar malos frutos, ni el árbol maleado llevar frutos buenos. Todo árbol que no lleva buen fruto, córtese y échese en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis” (Mateo 7: 16-20); “O haced el árbol bueno y su fruto bueno, o haced el árbol corrompido y su fruto dañado, porque por el fruto es conocido el árbol” (Mateo 12: 33); “Porque no es un buen árbol el que da malos frutos, ni árbol malo el que da buen fruto, porque cada árbol por su fruto es conocido,

que no cogen higos de los espinos, ni vendimian uvas de las zarzas. El buen hombre del buen tesoro de su corazón saca mal, porque de la abundancia del corazón habla su boca” (Lucas 6: 46-45).

Esto es lo que se destaca en la frase “somos hechura suya”, que no se refiere a la creación original, sino a la nueva, puesto que se agrega: “criados en Cristo Jesús”.

Es imposible salvarnos por obras, porque nosotros mismos, si hemos nacido de nuevo, somos la obra de Dios y si no hemos nacido de nuevo las buenas obras no son tales, en último análisis, porque el árbol malo no puede producir buen fruto. Por lo tanto, toda buena obra que podamos hacer debe atribuirse siempre a la gracia de Dios, aunque el orgullo humano siempre quiera atribuírselas, aunque sea en parte, a sí mismo. El hecho es que es imposible que podamos hacer obras verdaderamente buenas a la vista de Dios mientras estamos “muertos en delitos y pecados”, mientras somos “árboles maleados”. A esa categoría pertenecen las obras buenas relativas, en comparación con las de los demás muertos espirituales, que sin duda puede hacer el hombre natural: “Y si hicieseis bien a los que os hacen bien ¿qué gracia tendréis? Porque también los pecadores hacen lo mismo” (Lucas 6: 33). Esas obras son posibles sólo por la gracia común, la influencia buena, no salvadora del Espíritu Santo sobre todos los seres humanos, que impide que la tierra sea ya el infierno. Esas “buenas” obras persiguen, a lo sumo, el bien del hombre, jamás la verdadera gloria de Dios y, por eso, de una u otra forma, glorifican al hombre. Esa es la razón por qué Dios las rechaza con toda justicia, si se toma en cuenta su infinita grandeza y la inconcebiblemente mala rebelión orgullosa de su insignificante criatura. Es asunto de perspectiva: Si nuestro punto de vista está fijo en el hombre y en la tierra, reaccionaremos indignados ante la afirmación bíblica de que todas las obras del hombre no regenerado son malas (“Si bien todos nosotros somos como suciedad y todas nuestras JUSTICIAS como trapo de inmundicia...” Isaías 64: 6) y recurriremos a una infinidad de ejemplos de obras “sublimes” del hombre. Pero si nuestra vista está fija en el Dios de grandeza inconcebible, veremos que todo “lo que es sublime para los hombres, para Dios es abominación” (Lucas 16: 15).

El escritor chileno Federico Gana ilustra esto en un cuento suyo acerca de un escarabajo que, a diferencia de los de su especie, que se desliza por la tierra con su cabeza inclinada hacia abajo, procura trepar por el tronco de un rosal, para mirar hacia arriba. Realiza ímprobos esfuerzos, se hiere con las espinas, pero al fin consigue su objetivo, llega a la copa y experimenta una sensación de grandeza inefable al contemplar el glorioso cielo estrellado.

Si ahora podemos hacer buenas obras que son buenas ante la vista de Dios es porque Dios nos ha dado la vida, que es lo único que las hace posibles: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos: el que está en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto, porque SIN MÍ NADA PODEIS HACER. El que en mí no estuviere, será echado fuera como mal pámpano, y se secará, y los cogen y los echan en el fuego y arden. Si estuviereis en mí y mis palabras estuvieren en vosotros, pedid todo lo que quisieréis y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto y seáis a sí mis discípulo” (Juan 15: 5-8); “De modo que si alguno ESTÁ EN CRISTO, nueva criatura es, las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas” (II Corintios 5: 17); “Porque en Cristo Jesús, ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino la nueva criatura” (Gálatas 6: 15).

El pequeño vocablo “para” aclarar todo inequívocamente y permite establecer luminosamente que no hay contradicción alguna entre esta afirmación de Pablo y la de Santiago en 2: 17 a 24.

“Las cuales Dios preparó para que anduviésemos en ellas”. Dios nos ha salvado para que nos sentemos ociosamente en los lugares celestiales para “contemplar” o ser inútiles receptores de la gracia. Debemos hacer buenas obras, y las haremos, porque forman parte del plan eterno de Dios: las “preparó de antemano”, es decir, por su voluntad predestinó las obras que debíamos hacer y por su providencia actúa para que se nos presenten las oportunidades de hacerlas. Con ese fin “nos resucitó y asimismo nos hizo sentar en los cielos con Cristo Jesús” (2:6). Así nos ha equipado a TODOS NOSOTROS para “pelear las batallas de Cristo, para llenar sus campos, para trabajar en la edificación de su Iglesia”.

El poder de Dios se manifiesta en hacer posible que vivamos vidas de santidad y de servicio real y eficaz. ¿Es así el servicio si se limita a la simple ayuda material, sin evangelización bíblica? Sin embargo no olvidemos: “Mas el que tuviere bienes de este mundo y viere a su hermano tener necesidad y le cerrare sus entrañas, ¿cómo está el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y en verdad” (I Juan 3: 17-18); “Y si el hermano o la hermana están desnudos y tiene necesidad del mantenimiento de

cada día y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y hartaos, pero no les diereis las cosas que son necesarias para el cuerpo ¿qué aprovechará?” (Santiago 2: 15-16). No olvidemos tampoco que a veces una palabra o una actitud de aliento, de simpatía, de identificación sincera con el necesitado es tan valiosa como una ayuda material. Naturalmente, si se necesita y es posible. Además, no olvidemos que no hay mejor obra práctica que evangelizar, siempre que no se realice como pretexto para la dureza de corazón y la avaricia y egoísmo.

También debemos tener presente que la vida cristiana no es automática, es decir que lo que ocurre no sucede simplemente porque somos cristianos, sin participación de nuestra voluntad decidida de someternos al plan y voluntad de Dios. Por eso debemos orar fervientemente, para que podamos experimentar realmente que el poder que resucitó a Cristo está a nuestra disposición para cumplir tanto los deberes más grandes y difíciles, como los más pequeños y fáciles en la familia, en la sociedad y en la iglesia.

4. Gracia para los gentiles (igual que para los judíos). 2: 11-22.

Versículo 11.

“Por tanto, acordaos que en otro tiempo vosotros los gentiles en la carne, que erais llamados incircuncisión por la que se llama circuncisión, hecha con mano en la carne”.

“Por tanto, acordaos”. Los gentiles corrían un seguro peligro de envanecimiento, a causa de las inmensas bendiciones que habían recibido, peligro que persiste hasta hoy. Es como si el apóstol les dijera: “Vosotros estabais muertos en vuestros pecados, hundidos en corrupción, arruinados por la culpa; vivíais bajo la ira de Dios y bajo el poder de Satanás. Ahora todo esto ha pasado. La mano omnipotente os ha levantado con Cristo a una vida celestial. Dios es ahora vuestro Padre, su amor está en vuestros corazones; por la potencia de su gracia habéis sido capacitados para caminar en la forma determinada desde vuestra creación. Por lo tanto, acordaos. ¿De qué?”

“Que en otro tiempo vosotros los gentiles en la carne”. Este era su estado original o anterior. No debían olvidar que ni siquiera exterior o superficialmente pertenecían al pueblo de Dios.

“Gentiles en la carne” significa que no eran israelitas, que eran paganos y **“en la carne”** señala al hecho de que no habían sido circuncidados: no tenían la marca exterior que caracterizaba a un israelita. Esto significa que “eran inferiores a los judíos en cuanto a privilegios religiosos y se hallaban separados de ellos por ritos ceremoniales y creencias” y también por prejuicios y odio, como se ve en la frase siguiente:

“Que erais llamados incircuncisión por la que se llama circuncisión, hecha con mano en la carne”. Los judíos despreciaban de una manera terrible a los que no pertenecían físicamente a Israel y les llamaban a menudo: **“perros gentiles”**. Eran llamados **“incircuncisión”** en forma despreciativa por los judíos. Eran “llamados” así, era sólo un nombre que se refería a una condición externa, que podía ignorar completamente su condición interior. Los que aplicaban ciegamente ese nombre también llevaban sólo como un nombre el título de “circuncisión” (la que se LLAMA). “Eran el pueblo de Dios sólo de nombre y no en realidad.

Con orgullo se llamaban a sí mismos: “circuncisión”, pero en realidad eran incircuncisos de corazón y de mente: “Porque la circuncisión en verdad aprovecha, si guardares la ley, mas si eres rebelde a la ley, tu circuncisión es hecha incircuncisión... Porque no es judío el que lo es en manifiesto, ni la circuncisión es la que es en manifiesto en la carne, mas es judío el que lo es en lo anterior y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra, la alabanza del cual no es de los hombres, sino de Dios” (Romanos 2: 25, 28, 29).

Por lo tanto, esta señal externa no refleja ninguna condición interior, era sólo un rito vacío y muerto sin el significado que Dios había querido darle: “Y recibió la circuncisión por señal, por sello de la JUSTICIA DE LA FE que tuvo en la incircuncisión, para que fuese padre

de todos los creyentes no circuncidados, para que también a ellos les sea contado por justicia” (Romanos 4: 11). No tenían razón los judíos para despreciar así a los gentiles, a causa de la señal que les había poca hecha “con mano en la carne”. Espiritualmente había poca diferencia entre unos y otros: todos eran “hijos de ira”. Condiciones puramente físicas o posesiones materiales no son razón para que grupo humano alguno se crea superior a otros, porque no prueban ninguna cualidad moral, ni espiritual. Un rito ceremonial no podía hacer a nadie verdadero israelita. Pero había verdaderos israelitas, para quienes las ceremonias externas eran expresión de fe y de devoción de corazón y de obediencia a Dios. A dicho verdadero pueblo de Dios los gentiles no habían pertenecido.

Versículo 12.

“Que en aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la república de Israel y extranjeros a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo”.

“Que en aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la república de Israel”. Antes de la venida de Cristo y de la predicación del evangelio a todo el mundo, la falta de circuncisión indicaba la condición efectiva en que estaban los gentiles: no pertenecían a Israel, no eran pueblo de Dios. Esto tenía graves consecuencias e implicaciones, porque a Dios le había placido elegir (por razones cuyo sentido más profundo no siempre podemos entender) un pequeño pueblo encerrado en estrechos límites, para revelarse especialmente a él y a ese pueblo le había concedido privilegios espirituales extraordinarios: “¿Qué, pues, tiene más el judío? ¿o qué aprovecha la circuncisión? Mucho en todas maneras. Lo primero ciertamente, que la palabra de Dios les ha sido confiada” (Romanos 3: 1-2); “Que son israelitas, de los cuales es la adopción y la gloria y el pacto y la data de la ley y el culto y las promesas, cuyos son los padres y de los cuales es Cristo según la carne, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén” (Romanos 9: 4-5).

Los incircuncisos estaban completamente fuera, apartados, de ese pueblo, Israel, y, por lo tanto, sin ninguno de sus privilegios espirituales. Es verdad que los israelitas habían pervertido esos privilegios, creyendo que los habían recibido por mérito propio, por lo cual se habían llenado de infundado orgullo y de desprecio injustificado por lo demás, pero esto no anulaba las promesas ni acciones de Dios y siempre había israelitas que comprendían que esos privilegios eran sólo don de la gracia de Dios y que se requería la fe para disfrutarlos, por lo cual seguía siendo verdad que era una gran calamidad no pertenecer a dicho pueblo.

Pablo enumera ahora algunas de esas calamidades:

a) Estaban sin Cristo. Uno de los grandes privilegios de Israel era que, consciente de la injusticia y desorden que reinan en el mundo y de su propia incapacidad para cumplir la voluntad de Dios, sabía que Dios les enviaría un Mesías que cumpliría por ellos, redimiéndoles por el poder del pecado y trayendo justicia y orden al mundo por medio de su victoria sobre el pecado y sobre su autor, Satanás: “Y enemistad pondré entre ti y la mujer y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza y tú le herirás en el calcañal” (Génesis 3: 15); “Cachorro de león Judá: de la presa subiste, hijo mío. Encorvóse, echóse como león, así como león viejo ¿quién lo despertará? No será quitado el cetro de Judá y el legislador de entre sus pies, hasta que venga Shiloh y a él se congregarán los pueblos, atando a la vid su pollino y a la cepa el hijo de su asna, lavó en el vino su vestido y en la sangre de uvas su manto” (Génesis 49: 9-11); “¿Por qué se amotinan las gentes y los pueblos piensan vanidad? Estarán los reyes de la tierra y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: Rompamos sus coyundas y echemos de nosotros sus cuerdas. El que mora en los cielos se reirá, el Señor se burlará de ellos. Entonces hablará a ellos en su furor y turbarálos con su ira. Yo empero he puesto mi rey sobre Sión, monte de mi santidad. Yo te engendré Hoy. Pídeme y te daré por heredad las gentes y por posesión tuya los términos de la tierra. Quebrantarlos has con vara de hierro, como vaso de alfarero los desmenuzarás” (Salmo 2: 1-9); “Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, en tanto que pongo tus enemigos por estrado de tus pies. La vara de tu fortaleza enviará Jehová desde Sión, domina en medio de tus enemigos. Tu pueblo serálo de buena voluntad en el día de tu poder. En la hermosura de la santidad, desde el seno de la aurora, tienes tú el rocío de tu juventud. Juró Jehová y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para

siempre, según el orden de Melquisedec. El Señor a tu diestra, herirá los reyes en el día de su furor” (Salmo 110: 1-5); “¿Quién ha caído a nuestro anuncio? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová? Y subirá cual renuevo delante de él y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura, verlo hemos, mas sin atractivo, para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados, el castigo de nuestra paz sobre él y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino, mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. Angustiado él y afligido, no abrió su boca, como cordero fue llevado al matadero y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció y no abrió su boca. De la cárcel y del juicio fue quitado y su generación ¿quién la contará? Porque cortado fue de la tierra de los vivientes, por la rebelión de mi pueblo fue herido. Y dispúsose con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte, porque nunca hizo él maldad, ni hubo engaño en su boca. Con todo eso Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando hubiere puesto su vida en expiación por el pecado, verá en su mano prosperada. Del trabajo de su alma verá y será saciado, con su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos y él llevará las iniquidades de ellos. Por tanto yo le daré parte con los grandes y con los fuertes repartirá despojos, por cuanto derramó su vida hasta la muerte y fue contado con los perversos, habiendo él llevado el pecado de muchos y orado por los transgresores” (Isaías 53); “Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para acabar la prevaricación y concluir el pecado y expiar la iniquidad y para traer la justicia de los siglos y sellar la visión y la profecía y ungir al Santo de los santos... y después de la sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías y no por sí...” (Daniel 9: 24 y 26); etc.

Los gentiles no tenían nada de esto, por lo cual a sus mejores hombres no les quedaba más que soñar, cuando adquirirían conciencia de la desesperada condición del mundo. Virgilio habla del regreso de la justicia al mundo y del restablecimiento de la edad dorada, bajo un descendiente de César, en su Égloga IV. Pero los emperadores del primer siglo demostraron en forma terrible que eso no era más que un sueño imposible sin Cristo, como estaban ellos. Esta misma calamidad sufren hasta ahora los que están fuera del Israel espiritual, la Iglesia, es decir los que conocen o rechazan el evangelio de la gracia de Dios: para ellos el anhelo de justicia, si lo tienen, es un sueño imposible, porque no puede haber justicia en un mundo cuyo “dios” es Satanás. No tienen a Cristo, quien es el único que puede establecer una justicia verdadera. Nosotros, el Israel espiritual, debemos cuidar mucho de no cometer el mismo error y pecado del Israel histórico, siendo orgullosos y egoístas con Cristo, nuestra bendita y preciosa posesión. Tenemos que realizar un esfuerzo constante y grande para compartirlo con los que no tienen;

b) Eran “extranjeros a los pactos de la promesa”. Dios hizo un pacto con Abraham y lo renovó con su pueblo en diversas ocasiones y bajo diferentes formas. Por eso se habla de “los pactos”. Pero estos pactos tenían una sola promesa, que era en último término, la redención. Dios hizo un pacto con Adam, llamado “pacto de obras”, cuya condición era la obediencia perfecta y cuya promesa era disfrutar permanentemente de perfecta comunión con Dios y de inmortalidad. Este pacto se expresó también en el Sinaí o de la Ley, cuya condición y promesa se dan en Levítico 18: 5: “Por tanto mis estatutos y mis derechos guardaréis, los cuales haciendo el hombre, vivirá en ellos: Yo Jehová” y en Gálatas 3: 12: “La ley también no es de la fe, sino: El hombre que los hiciere, vivirá con ellos”. Como el hombre no cumplió cuando podía hacerlo (Adam), ni puede cumplir después la condición, Dios hizo otro pacto, el de gracia, por el cual atribuye todos los méritos de Cristo al que cree en él. Este es el pacto mencionado aquí y, por eso, la promesa es la de Redención en Cristo.

Mientras los gentiles estaban sin Cristo, no podrían disfrutar de esa promesa. Es decir, estaban perdidos y condenados de combatir tan terrible destino, porque eran extranjeros o ajenos a esos pactos: no habían sido hechos para ellos. Y esta sigue siendo la condición de los que ahora voluntariamente se colocan fuera del pacto de

gracia, rechazando con su incredulidad o indiferencia la salvación gratuita que Cristo les ofrece. Para ellos no es la promesa de redención, por lo cual afrontan una perdición segura, porque no pueden salvarse por sus propias obras, tan pocas e imperfectas en relación con lo que Dios demanda.

Los incrédulos e indiferentes no se dan cuenta ahora de la verdad de la Palabra de Dios, porque NO QUIEREN creer. Son inconscientes de lo terrible de su condición: "... el que es incrédulo al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él" (Juan 3: 36), pero no por eso deja de ser verdad y un día, cuando sea demasiado tarde, despertarán y se darán cuenta de que la Biblia no mentía y con desesperación se encontrarán perdidos sin remedio por toda la eternidad. Sus clamores y protestas serán inútiles entonces: "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre y en tu nombre lanzamos demonios y en tu nombre hicimos milagros? Y entonces les protestaré: Nunca os conocí, apartaos de mí, obradores de maldad" (Mateo 7: 22, 23); "Y de la manera que está establecido a los hombres que mueran una vez y después el juicio" (Hebreos 9: 27); "Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí y envía a Lázaro que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque soy atormentado en esta llama. Y díjole Abraham: Hijo, acuérdate que recibisteis tus bienes en tu vida y Lázaro también males, mas ahora éste es consolado aquí y tú atormentado. Y además de todo esto, una grande sima está constituida entre nosotros y vosotros, que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá. Y dijo: Ruégote pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, porque no vengan ellos también a este lugar de tormento. Y Abraham le dice: A Moisés y a los profetas tienen: óiganlos. Él entonces dijo: No, padre Abraham, mas si alguno fuere a ellos de los muertos se arrepentirán. Más Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas (a la Palabra de Dios), tampoco se persuadirán si alguno se levantara a los muertos" (Lucas 16: 24-31). Recién entonces sabrán que realmente es gran calamidad, terrible calamidad, ser ajenos a los poetas de la promesa;

c) Estaban sin esperanza. Esta es una descripción muy adecuada del antiguo mundo gentil. Las palabras de Pablo, en I Corintios 15: 32: "Comamos y bebamos, que mañana moriremos" expresan muy bien la completa falta de esperanza y el pensamiento que resulta de esa desesperanza y son una cita de una expresión muy corriente en su época. Este es un ejemplo de lo que decían muchos epitafios de la época. "Bebamos y contentémonos, porque no habrá más besar y bailar en el reino de Proserpina (el tártaro o infierno). Pronto nos quedaremos dormidos, para no despertar nunca más". Con estos pensamientos regresaban los paganos del cementerio, después de dejar allí el cuerpo de un ser querido. Esto tenía un efecto corruptor y degradante y hundía a ese mundo sin esperanza en una depravación inconcebible. La literatura de la época y muchas páginas de la Biblia, especialmente en Levítico 18 y Romanos 1, dan testimonio de la horrenda depravación a que conducía su desesperanza. En tiempos de Sócrates se estimaba un acto decente y bondadoso permitir y proveer para que un condenado a muerte pasara sus últimas horas dando rienda suelta a todas sus pasiones, sin limitación alguna.

La misma situación vive el mundo de hoy, con su indiferencia hacia Dios y lo eterno y con su rechazo de todo cuanto se relaciona con Cristo e, igual que el antiguo mundo pagano, también en el nuestro esa indiferencia produce desesperanza y esa desesperanza, desenfreno y corrupción. No es bueno ni siquiera hablar de la espantosa corrupción que corroe toda forma de vida actual. Baste mencionar la plaga del SIDA, que tanto pavor provoca, como un verdadero juicio divino sobre nuestro malvado mundo, en realidad sin Cristo y sin Dios. La calamidad de haber tenido una esperanza, aunque fuera mediante una visión muy deformada de Cristo y de sus enseñanzas, y estar perdiéndolas rápidamente por completo, hace de nuestra época la más miserable de todas. El esfuerzo del pequeño remanente fiel por predicar el evangelio en toda su pureza y poder y por resistir las fuerzas del mal desatadas cada vez más libremente es un labor nobilísima y de un valor aún mayor que en otros tiempos, porque Cristo es la única esperanza tanto para los individuos como para las naciones. Esto no es una ilusión; Cristo no enseñó lo que era verdadero de acuerdo con su opinión, como tantos otros, sino lo que sabía que era la verdad, porque vino del mundo superior a dar testimonio de ella: "Porque el pan de Dios es aquel que

descendió del cielo y da vida al mundo” (Juan 6: 33); Y Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida... porque he descendido del cielo...”(Juan 6: 35, 38); “No que alguno haya visto al Padre, sino aquel que vino de Dios, éste ha visto al Padre” (Juan 6: 46); “Entonces clamaba Jesús en el templo, enseñando y diciendo: Y a mí me conocéis y sabéis de dónde soy y no he venido de mí mismo, mas el que me envió es verdadero, al cual vosotros no conocéis. Yo hablo lo que he visto cerca del Padre... Yo de Dios he salido y he venido, que no he venido de mí mismo, mas él me envió” (Juan 8: 38 y 42); “En el principio era en el Verbo y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios. Este era el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas y sin él nada de lo que es hecho fue hecho. En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres y la luz en las tinieblas resplandece, mas las tinieblas no la comprendieron... Aquel era la luz verdadera, que alumbraba a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba y el mundo fue hecho por él y el mundo no le conoció” (Juan 1: 1-5, 9-10); etc. Nótese que la verdad enseñada por Jesucristo incluye su poder para resucitar a los que mueren creyendo en él (“Y esta es la voluntad del que me envió, del Padre: Que todo lo que me diere, no pierda de ello, sino que resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna y yo le resucitaré en el día postrero” (Juan 6: 39-40); “Dícele Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 11: 25), para satisfacer los más profundos anhelos espirituales del hombre: “Y Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida, el que a mí viene, nunca tendrá hambre y el que en mí cree, no tendrá sed jamás” (Juan 6: 35) y para librar al mundo de la servidumbre de corrupción en la cual se encuentra: “Porque tengo por cierto que lo que en este tiempo se padece no es de comparar con la gloria venidera que en nosotros ha de ser manifestada. Porque el continuo anhelar de las criaturas sujetas fueron a vanidad, no de grado, mas por causa del que las sujetó con esperanza, que también las mismas criaturas serán libradas de la servidumbre de corrupción en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que todas las criaturas gimen a una y a una están de parto hasta ahora. Y no solo ellas, mas también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, es a saber, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza somos salvos, mas la esperanza que se ve, no es esperanza, porque lo que alguno ve ¿a qué esperarlo? (Romanos 8: 24), quiere decir que la falta de esperanza arruina y el pesimismo de credo produce pesimismo de conducta y con ello, relajación y corrupción, en la mayoría de la gente: “Dijo el necio en su corazón: No hay Dios. Corrompiéronse, hicieron obras abominables; no hay quien haga bien. Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, por ver si había algún entendido, que buscara a Dios. Todos declinaron, juntamente se han corrompido; no hay quien haga bien, no hay ni siquiera uno” (Salmo 14: 1-3).

Esta era la triste condición del mundo pagano “alejado de la república de Israel” y es la miserable condición de nuestro mundo actual, que no quiere tener a “Dios en su noticia”. Desgraciadamente esta calamidad afecta también a nuestros jóvenes y, de hecho, a todos los que asisten regularmente a la iglesia, pero toman las cosas del Señor con liviandad e indiferencia, ellas no afectan su corazón, asisten sólo por costumbre que se sigue por inercia, por tradición, por imposición de los padres, SIN CONVICCIÓN personal verdadera. Tales “cristianos” tampoco tienen esperanza y el mundo ejerce sobre ellos su mortal fascinación, arrastrándoles al uso del alcohol, del tabaco y aun de las drogas, a las entretenciones mundanas, como la música popular, llena de sensualidad y estímulos a las más bajas pasiones (incluso cuando se usa en iglesias bajo la excusa de música “cristiana” contemporánea) y a su concomitante, el baile. Estas son algunas manifestaciones más visibles, pero quién sabe a cuánta otra corrupción, que permanece muy oculta en el fondo del corazón, arrastra. Pero como Dios conoce hasta lo más secreto de nuestros pensamientos, esa corrupción secreta terminará inexorablemente por producir su fruto de muerte;

d) Estaban sin Dios.